

Opinión

La educación media: una crisis de pertinencia

Por Francisco Cajiao

En cualquier reforma educativa que se enfrente, es indispensable considerar las características y necesidades propias de los grupos de edad a los cuales se dirige el servicio. Es pueril pensar que los adolescentes de hoy son similares a los de hace 50 años, o que vivirán del mismo modo en que lo hicieron las dos generaciones anteriores.

El contexto en el cual han nacido y crecido los adolescentes y jóvenes de hoy es radicalmente distinto al de las décadas de los 60 ó los 70 y, a pesar de eso, aquello que les estamos ofreciendo como oportunidad educativa no difiere mucho de lo que había en aquel momento.

Los adolescentes de hoy, como lo muestran investigaciones hechas en diferentes países, están profundamente afectados por el acceso a la información, que se transmite a través de los medios masivos. Tal fenómeno no solamente afecta sus valores y sus expectativas de vida, sino que les modifica sustancialmente la manera de construir conocimiento, como lo señala Joan Ferrés en su libro *Educación en la cultura del espectáculo*. Esto significa que no solamente hay modificación en la manera de interpretar el mundo, sino en los ritmos y modalidades psico-fisiológicas que permiten el manejo y el procesamiento de la información proveniente del entorno cultural. De otro lado, la proliferación de herramientas tecnológicas a las cuales tienen acceso los jóvenes ofrece una gama muy extensa de experiencias cuyo valor es completamente ignorado por los modelos educativos convencionales, basados en la lecto-escritura fonética. El mundo de hoy, en su dinámica social, productiva, científica y tecnológica, exige el manejo y dominio de múltiples lenguajes que hace unas décadas estaban reservados para los especialistas, aunque nada de esto ha permeado, todavía, el sistema escolar.

Pero es un hecho que los estudiantes de hoy muestran cada vez menos sintonía con la concepción tradicional del aprendizaje, con los métodos de trabajo y con los ritmos lentos e ineficientes de la pedagogía basada casi exclusivamente en la lección verbal.

El mundo contemporáneo pone a los jóvenes ante una multiplicidad de opciones, que incluye oportunidades de desempeño laboral, modos de expresión pública, estilos de vida, versiones de la sexualidad, recreación, campos del conocimiento, modas y oficios que antes no hacían parte del repertorio juvenil. Esto implica que, cada día, los adolescentes están abocados a tomar una gran cantidad de decisiones para las que no están preparados, pues el énfasis educativo sigue muy centrado en la distribución de información antes que en el desarrollo de mecanismos intelectuales y axiológicos para organizar, sistematizar, evaluar opciones y tomar decisiones. También es importante señalar que los jóvenes de hoy disfrutan de mayor libertad que los de otras épocas, de manera que inician diferentes experiencias a muy temprana edad, en la medida en que pueden tomar decisiones que escapan a la supervisión de la familia y de la escuela. Infortunadamente, buena

La educación debe proveer, antes que un conjunto de conocimientos elementales, una real capacidad de desarrollo para desempeñarse en un mundo cada vez más complejo y competitivo, que desafía tanto las capacidades intelectuales y laborales, como las condiciones de autocontrol, participación social y desarrollo de las iniciativas.

parte de esas decisiones están en el campo de comportamientos de riesgo, como el consumo de alcohol y otras sustancias, el inicio casi infantil de las relaciones sexuales y el acceso a sitios de recreación nocturna que antes se reservaban a la población adulta. En las cosas importantes, en cambio, todas las decisiones las toman los adultos: qué aprender, qué esperar de la vida, qué talentos desarrollar, cómo organizar el tiempo, etc.

En este sentido, el mundo escolar, con sus estrecheces e inflexibilidades no constituye una ayuda real para fortalecer las capacidades de autonomía y autodeterminación que le permitirán al joven el ingreso a una vida adulta madura y responsable en todos los campos individuales y sociales.

La educación debe proveer, antes que un conjunto de conocimientos elementales, una real capacidad de desarrollo para desempeñarse en un mundo cada vez más complejo y competitivo, que desafía tanto las capacidades intelectuales y laborales, como las condiciones de autocontrol, participación social y desarrollo de las iniciativas. Sin estos requisitos de formación personal, es cada vez más difícil tener éxito en el mundo académico, laboral o social. Por esto, la educación media debe consolidar en los jóvenes capacidades de autoaprendizaje, trabajo en equipo, toma de decisiones, liderazgo y adaptación a ambientes complejos y variables en los cuales deben desempeñarse. Sin embargo, el modelo actual no está preparado para esto, pues todo se encuentra preestablecido y los estudiantes deben restringirse a seguir pautas determinadas por otros.

La discusión sobre la educación de los adolescentes en el nivel medio todavía es una asignatura pendiente, que debe ser asumida de manera seria. No basta introducir reformas parciales como la incorporación de opciones técnicas que habiliten para el trabajo, cuando lo que requieren los jóvenes es mayor capacidad de proyectar sus aspiraciones de vida, profundizar su capacidad de autoafirmación y autonomía, ampliar sus oportunidades de participación política y fortalecer sus capacidades críticas, a partir del conocimiento.

El segmento poblacional al cual se dirige la educación media es crítico, pues en este período de la vida los jóvenes definen en alto grado lo que será su desempeño en la sociedad. Cuando los contextos sociales tienden a estimular las actividades ilícitas, las confrontaciones violentas y las modalidades informales de trabajo, el riesgo social de una educación incapaz de estimular altos ideales se vuelve muy alto, además de convertirse en un desperdicio de tiempo y recursos.

Tal vez el mayor desafío que debe asumir el sistema educativo es convocar a los propios estudiantes a participar en el diseño de modelos que respondan a sus expectativas y necesidades. Seguramente, ellos tienen claves que los adultos que trabajan en políticas públicas no han podido descifrar.